

LAS PARADOJAS DE LA CONQUISTA

AMAILA CARRIQUE y
SUSANA RODRIGUEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SALTA

Lo único que existe son palabras inexactas para designar algo exactamente.

Giles Deleuze

Es curioso que la mayoría de las convocatorias para tratar el problema del Descubrimiento y la Conquista de América se realicen bajo el lema V Centenario. Se pone el acento en los años que pasaron de algo que no puede nombrarse. O al menos, es tan omiñoso, que no hay acuerdo acerca de su denominación. Recordemos cómo el llamado Día de la Raza fue un festejo impuesto y aceptado en las instituciones durante largo tiempo, hasta que los antropólogos denunciaron su marcado etnocentrismo. Luego se habló del Descubrimiento y Conquista de América, pero el segundo término de esta designación se borró porque ostentaba impudicamente la relación de sometimiento. A ello le siguió: Descubrimiento de América, rechazado por Germán Arciniagas quién propuso, en cambio, Cubrimiento de América. Miguel León-Portilla inventó un eufemismo, Encuentro de dos mundos, que, como tal, enmascara la violencia que una cultura ejerció sobre otra. Adolfo Colombres, desde una postura en abierta coincidencia con los grupos indígenas, propone Choque de dos mundos. La iglesia no podía permanecer ajena a esta problemática y lo llamó V Centenario de la Evangelización de América, con lo cual borra el horror de la invasión y centra su mirada en la supuesta redención de las almas.

Por último, sería interesante destacar que los "festejos" de España (el uso de esta palabra no es inocuo) no hace más que

encubrir sus deseos de aparecer, ante el resto de Europa, como una potencia con un glorioso pasado conquistador y un prometedor futuro económico, gracias a sus relaciones "maternales" con Latinoamérica. Es como una fiesta de cumpleaños que se festeja para recordar a los otros que ellos existen. En cuanto a la afirmación de nuestra propia existencia, también está en relación a la mirada de los otros. De esta relación y de sus efectos es de lo que queremos hablar.

Como toda lectura-escritura, la nuestra es una escisión en el texto cultural que hacer circular los deseos, liberándolos de la sujeción a una estructura determinada. No hay que olvidar que la historiografía latinoamericana se caracteriza por haber condicionado sus lecturas del Descubrimiento y la Conquista a la férrea oposición binaria "leyenda blanca" vs. "leyenda negra".

De la Conquista y Colonización de América sólo llegaron a nosotros, textos, cartas, diarios de viaje, crónicas. La escritura de los Conquistadores supone una mirada que dobla, multiplica y disemina lo que ve. De los lenguajes con que designa hace un cuerpo vivo marcado por la ambigüedad, en tanto todo signo excluye y reprime a otros. En estos lenguajes-cuerpos se inscribe el juego entre el ver-designar-apropiar. La mirada y la escritura son cómplices en la "fundación" de un tiempo y un espacio que no se reconocen como pre-existentes. El mundo del otro parece como un mundo vacío, la escritura lo construye a la medida de los deseos del enunciador: "Las aguas que riegan este paraíso terrenal y fertilizan su copia son las más abundantes que goza el reino, tan dulces y potables como las pide el deseo..." (Fray Alonso de la Rea, Crónica de Michoacán: 39). En este fragmento se lee el desdoblamiento y la multiplicación de los signos: cada uno de ellos construye diversos referentes, "este paraíso terrenal" alude, al mismo tiempo, a la propia escritura, a la Biblia y al Nuevo Mundo, copia de un

original no existente, ficcional (el Paraíso). Es fácil ver cómo se deconstruye el binarismo clásico: original/copia, gracias a esta última, toma consistencia el original. En la densidad de esta escritura se puede leer el lenguaje y el cuerpo del otro (el conquistado) como una ausencia, como un hueco. La pulsión por designar, por nombrar (y relatar) que caracteriza a las crónicas, pretende la reducción del otro, de lo diferente y su asimilación a lo conocido. Así se lo hace comparecer ante un poder para que éste lo controle, lo vigile y lo castigue. Pero al mismo tiempo y en el mismo proceso, se des nombra: los signos no alcanzan a cubrir la riqueza de los cuerpos y se producen entonces fisuras, espacios de silencio que son, transitoriamente, asignificantes porque se prestan a resignificarse desde otras lecturas.

En los textos del Conquistador, la diferencia, lo diverso, se inscriben como exclusión, único modo de reducir la heterogeneidad a un modelo que pueda ser dominado. El Conquistador trae incorporada una imagen del otro que calca al indígena, deviene así en suplemento "natural" de la cultura europea. Pero lo conforma sólo con aquellos rasgos que convienen a sus intereses: domesticidad, docilidad, ingenuidad, credulidad, en fin, cristaliza un modelo de colonizado, un modelo de esclavo. Pero al mismo tiempo, configura la imagen del conquistador como dios, como amo, como padre, como el que otorga la palabra y la posibilidad de ser en el mundo.

Las imágenes proyectadas en los textos marcan los "lugares" y las relaciones que, a partir de ese momento inaugural, quedarán inscriptas en el imaginario social europeo y americano. Esta matriz binaria es la que debemos romper y considerar cómo el conflicto de las interpretaciones del Descubrimiento y la Conquista, caen en simplificaciones que no condicen con la intrincada relación establecida entre conquistadores y conquistados. Esa compleja relación puede inferirse en los textos, en lo marcado y no marcado

en su escritura; ésta es un campo de batalla donde algunos significantes dominan y al mismo tiempo, otros se desplazan en una línea de fuga. El texto se convierte así en un espacio de poder, un campo político, una madriguera con múltiples entradas y salidas. Tenemos que desgarrar, de alguna manera, las lecturas ya cristalizadas desde el poder, que han perdurado por años y que implican la adhesión acrítica a posiciones inmovilizadoras. Pensemos que las Cartas, los Diarios de Viaje y las Crónicas son un conjunto de fragmentos, que tienen ciertos territorios consistentes, donde residiría la empresa económica de la escritura, su rédito y su interés; pero también, grietas vulcanizadas donde se filtra la posible resistencia de los significantes desplazados, la escritura del vencido con su dolor y su muerte. Así como en los lenguajes-cuerpos, los significantes se debaten por el poder, en el espacio-tiempo de la Conquista y Colonización de América, los cuerpos-lenguajes del conquistador y conquistado jugaron una relación perversa. El proceso de designar y resignificar América no fue una operación sencilla, en la que el conquistador pudiera no involucrarse. Para producir su propio devenir en el mundo americano tuvo, al mismo tiempo, que hacerse otro y destruir al otro. En las misiones jesuíticas, por ejemplo, se reduce la alteridad del indio (no en vano su nombre eran reducciones indígenas) y simultáneamente se limita la alteridad del español como estrategia indispensable para asegurar la dominación. No significa esto imitación o mimetismo sino intersección, invaginación perversa de un mundo en el otro. Sino, no se explicaría lo que se dio en llamar "mestizaje" que no es otra cosa que la "construcción" del esclavo. En el texto arquitectónico, por ejemplo, el templo cristiano se erige sobre los cimientos de las pirámides aztecas dando cuenta de una relación de intersección, pues no se ha eliminado totalmente al templo indígena. Sólo dejando los vestigios del dominado se puede patentizar la relación de dominación y vasallaje establecido. Sin reconocimiento del esclavo

vo, el amo no existe. En los textos lingüísticos, un ejemplo paradigmático lo constituyen los Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega. Tanto su cuerpo-lenguaje como su lenguaje-cuerpo fueron estigmatizados por la relación conquistador-conquistado: en su escritura y en su vida hay una desesperada petición de un doble reconocimiento del Padre.

El devenir-mundo de España en América explica la borradura de la diferencia: la españolización ha cubierto todo el espacio hasta el punto de volverse imperceptible, se territorializa (ahora está en todas partes) y se desterritorializa (no está en parte alguna en especial). El mundo americano, al españolizarse, interseca e introyecta la relación de dependencia, que, de este modo, labra con un tatuaje invisible todos los cuerpos, así se borra la ignominia, la tortura, la esclavitud y la muerte. No hay cómo significar la relación de sometimiento, es una verdad de la que nada se puede saber, de la que nada se quiere saber en los discursos sociales, pero que deja su huella inaudible en la escritura. Ejemplo de esa huella es la escritura de Sor Juana que socava la red de los discursos sociales vigentes, configurando "esa otra red donde se juega ya no su decir sino su verdadera práctica" (Ludmer:1986). Asfixiada por un mundo masculino represor, su letra va dibujando poco a poco y subrepticamente, el lugar asignado a las mujeres, el de las cacerolas y los hijos y cómo revertir su función. Ella hace ciencia, filosofía y política no desde los discursos canonizados, sino desde géneros discursivos considerados "menores", "femeninos", como las cartas y los poemas amorosos.

El lenguaje-cuerpo de la literatura latinoamericana, no el de la institución literaria (lugar asignado por la historia positivista), es uno de los espacios posibles en el que el sojuzgado puede resistir. En la misma línea de las Crónicas, que curiosamente pasaron del espacio historiográfico al literario, están las

novelas de corte histórico que ponen en el tejido escritural aquello que la historia oficial no quiso ver ni mucho menos escribir. Por ejemplo, mientras la historia oficial sostiene y confirma ilusoriamente la independencia de los pueblos latinoamericanos, la novela histórica conjetura sobre el por qué y el cómo esta independencia nunca se produjo. Los que la promovieron se trasmutaron en representantes de los nuevos amos del mundo, reproduciéndose así la relación de dependencia bajo nuevos disfraces.

Si bien, en el juego de territorialización, el colonizador se funde en el mundo-otro, esparce sus símbolos para dominarlo mejor, el colonizado puede, por efecto del mismo juego, resistir la dominación. Cambiar el sentido de todo aquello que produce en el lugar impuesto por el otro, que el otro lo obligó a tomar. Romper la lógica de la fatal oposición y desde un espacio connotado de manera diferente, producir significantes que no se dejen apresar por las leyes del sistema porque están cambiando constantemente. Sólo en aquellas zonas intersticiales, en los huecos y en las grietas, la resistencia y la lucha se hacen posibles.

BIBLIOGRAFIA

DELEUZE, Guilles
1989 ¿1968?

Lógica del sentido, Buenos Aires: Paidós.

JITRIK, Noé
1983

Los dos ejes de la cruz, México: U.A.P.

LUDMER, Josefina
1986

Tiempo Argentino, Buenos Aires: Suplemento cultural, 14 de setiembre.